

Filosofía Narrativista, conocimiento histórico, enseñanza de la historia y Bicentenario

GARCÍA, Norma Beatriz*¹

RESUMEN

Las conmemoraciones activan sentimientos que integran sentidos. Por lo tanto, las fechas públicas como impulsoras de espacios públicos de la palabra se convierten en objeto de disputas y conflictos, enmarcadas en las luchas políticas del presente. El bicentenario como ocasión que invita a debates, balances y celebraciones se constituirá en escenario privilegiado y excepcional de gran contenido simbólico para revisar, o simplemente fortalecer las narrativas sobre el origen de la nacionalidad argentina. No importa tanto cómo fue el 25 de mayo, sino qué hacen narrativamente con él. O sea, si la originalidad no reside en el tema, ésta debe buscarse en los presupuestos que imprimen las formas de narrar y las reflexiones sobre aquel pasado. El siguiente trabajo intenta desarrollar algunos esbozos generales sobre los aportes fundamentales de la denominada filosofía narrativista de la historia, desde Hayden White, para repensar las propuestas de enseñanza de la historia atendiendo el análisis de las narrativas en torno al bicentenario.

PALABRAS CLAVE

Filosofía narrativista. Enseñanza de la Historia. Bicentenario

* Docente e investigadora de la Universidad Nacional del Comahue y de los Institutos de Formación Docente N° 9 y 12 de Neuquén.

Agradezco los aportes y correcciones realizados por el Prof. Ariel Petrucelli

ABSTRACT

Commemorations activate feelings that encompass meanings. Thus, national days as boosters of public spaces for speech become subject to disputes and conflicts, framed as they are in today's political fights. The bicentennial as a proper time for debates, balances and celebrations will be a privileged and exceptional stage with a highly symbolic content suited to revise or simply strengthen the narratives about the origin of Argentine nationality. What is important is not so much what May 25 was as what it becomes in narrative terms. That is to say, if originality does not lay in the theme, this must be sought in the assumptions which mould the forms of narrating and the reflections on that past. This paper aims at presenting some general outlines of the main contributions of the so-called narrativist philosophy of History, from Hayden White's perspective, in order to reexamine the approaches to history teaching focusing on the analysis of narratives in relation to the bicentennial.

KEY WORDS

Narrativist philosophy – history teaching – bicentennial

INTRODUCCIÓN

Las conmemoraciones activan sentimientos que integran sentidos. Por lo tanto, las fechas públicas como impulsoras de espacios públicos de la palabra se convierten en objeto de disputas y conflictos, enmarcadas en las luchas políticas del presente es decir, sus sentidos y sus significados dependen, en gran medida, de la configuración de fuerzas políticas en los campos de querella. De esta manera, las conmemoraciones se hallan impregnadas de una dimensión histórica que ofrece un escenario para el despliegue de una multiplicidad de sentidos los cuales son sentidos activos dados por los agentes sociales que se ubican en escenarios de con-

frontación y lucha entre interpretaciones, ancladas más en las expectativas hacia un futuro abierto, incierto e indeterminado, que en un pasado.

En este marco, los trabajos de construcción de la memoria² como mecanismo cultural para fortalecer el sentido de pertenencia a grupos o comunidades representan una operación activa y creativa además de altamente significativa de dar sentido al pasado. Involucra recuerdos y olvidos, narrativas y actos, silencios y gestos, plausibles de gestar compromisos políticos y cívicos. No se trata de pensar la memoria sólo como paradójicamente inversa al olvido sino, de igual forma, como constitutiva de un acto de lucha contra otras memorias. Este acto de *memoria contra memoria* remite a la condición de lucha del presente y del futuro en debates.

El bicentenario como ocasión pública que invita a debates, balances y celebraciones se constituirá en escenario privilegiado y excepcional de gran contenido simbólico para revisar, o simplemente fortalecer, la visión canónica escolar³ -perspectiva épica, romántica, nacionalista, teñida de una fuerte impronta teleológica- de la Revolución de Mayo como origen primigenio de la nacionalidad argentina. En este escenario es de suponer que se abrirá un debate fuertemente cruzado por las tensiones del actual contexto político y cultural.

Desde los aparatos ideológicos del Estado, las clases dominantes, los sectores contestatarios tratan⁴ y tratarán de utilizar el debate y la difu-

² Siguiendo los aportes de Elizabeth Jelin, podríamos referir a la memoria como la manera en que la gente construye un sentido del pasado y cómo relaciona ese pasado con el presente en el acto de rememorar o recordar (Jelin, 2002::248)

³ Esta visión cree ver en el punto de partida lo que en realidad sólo se encuentra en el punto de llegada del proceso histórico: la nación como resultado contingente de una lucha política.

⁴ Si bien desde el año el Estado nacional a través de la Secretaría de Cultura ha iniciado algunas acciones tendientes a la celebración del Bicentenario, en general, no está instalado el clima celebratorio ni el debate en la mayoría de la población. Podríamos preguntarnos si el interés por el pasado padece la devaluación creciente de proyectos a futuro.

sión del Bicentenario⁵ para desarrollar unidad, consenso u oposición en torno a sus visiones del asunto. De este modo, los resultados se podrán pensar o concebir como un termómetro, aproximado pero revelador, acerca del funcionamiento de una hegemonía en relación con la legitimidad política. En este sentido, no importa tanto cómo fue el 25 de mayo, sino qué hacen narrativamente con él. O sea, si la originalidad no reside en el tema, ésta deberá buscarse en los presupuestos que imprimen las formas de narrar y las reflexiones sobre aquel pasado.

El análisis de los modos de construcción de diversas narrativas contrastantes en escenarios de confrontación entre actores nos impone la necesidad de hallar algunas herramientas para pensar y analizar las presencias y los sentidos del pasado. No alcanza con acceder a una propuesta definitiva o definitoria, sino problematizar, abrir preguntas y reflexiones que impulsen más trabajos y/o más diálogo.

Como señala Verónica Tozzi, cuanto más urgente son los reclamos de representación histórica, más debemos poner en duda los instrumentos y los recursos para llevar a cabo su historización (Tozzi, 2005:140). Por lo tanto, el contexto del Bicentenario es una coyuntura fértil para llamar la atención sobre las mutaciones historiográficas para que ello nos incite a la discusión. Así, el esfuerzo sostenido de reflexión nos permitirá

⁵ Algunas acciones ya iniciadas son: los días 19 y 20 de mayo de 2005, la Secretaría de Cultura de la Presidencia de la nación organizó los primeros *Debates de Mayo*, que se llevaron a cabo en la Biblioteca Nacional, en la Ciudad de Buenos Aires; este año, 2010, el gobierno nacional dispuso una partida de 160 millones de pesos para financiar los festejos del Bicentenario, se llevarán a cabo misiones internacionales para promocionar los festejos del país; en el marco de las actividades del Bicentenario, el país será anfitrión de la Cumbre Iberoamericana e inaugurará en mayo próximo la Casa de la Cultura del Bicentenario de la mano de la exposición titulada “1810-2010 en la República Argentina”. El Teatro Colón también reabrirá sus puertas luego de estar cerrado casi tres años. Se ha presentado el programa de creación de doscientas Casas de la Historia y la Cultura del Bicentenario destinadas al desarrollo de actividades culturales y educativo. Se prevé que serán espacios de difusión de los proyectos identitarios de cada comunidad.

romper el realismo ingenuo de la prisión de las ideas habituales que direccionan nuestra práctica de enseñanza de la historia.

El siguiente trabajo intenta desarrollar algunos esbozos generales, en el marco de fugaces aproximaciones de las facetas del debate historiográfico, en torno a los aportes fundamentales de la denominada filosofía narrativista de la historia, desde Hayden White, para repensar las propuestas de enseñanza. Desde sus aportes, entenderemos al *narrativismo* como la reflexión filosófica sobre la historia que considera a las narraciones historiográficas su objeto privilegiado de análisis. Por lo que se opone así, tanto a la filosofía de la historia tradicional, preocupada por el sentido de la historia universal, como a aquella surgida hacia mediados del siglo XX de corte epistemológico y concentrada fundamentalmente en la problemática abierta en torno a los modelos de explicación histórica. La autodenominada “nueva filosofía de la historia” es la que viene a poner el foco de atención en el *producto* de la investigación histórica, las narraciones que pretenden dar cuenta de una parte del pasado. Lo novedoso de su enfoque está en considerar a estas narraciones no tanto como instrumentos neutrales que nos posibilitan el conocimiento del pasado sino, más bien, en atribuirles el status de objeto cuyas peculiaridades se dejan analizar poniendo en suspenso sus pretensiones referenciales. De esta manera, cobran importancia capital los mecanismos de construcción de las narraciones, los nexos que los diversos componentes de ellas establecen entre sí, las relaciones intertextuales entre narrativas, entre otros aspectos.

La propuesta del itinerario a compartir tiene una doble estructura. Por un lado, la presentación del recorrido teórico-histórico de las preocupaciones historiográficas hasta su arribo al giro lingüístico. Su presentación podrá parecer esquemática, carente de matices, poco atenta a las complejidades y modulaciones, no obstante, ello nos permitirá esbozar un acto de construcción teórica que inevitablemente derivará, en una segunda parte del trabajo, en implicancias para repensar la enseñanza y, por lo tanto, autorizará o permitirá pensar propuestas de acción para contribuir en la intervención del debate de interpretaciones y sentidos en la esfera pública en torno al Bicentenario.

El giro lingüístico: itinerario de una emergencia dilemática y resistida, aunque provechosa

La emergencia de una nueva corriente historiográfica ha impulsado que los últimos veinticinco años hayan estado atravesados por un relevante debate entre historiadores y filósofos de la historia sobre la naturaleza del conocimiento histórico y sobre los supuestos epistemológicos en que se habían fundado las diversas concepciones del conocimiento histórico.

La historia positivista de finales del siglo XIX, fundada en el método inductivo, consideraba a las interpretaciones históricas como proyecciones del registro empírico y de las fuentes y confiaba en que el historiador podía alcanzar una posición de neutralidad cognitiva, deviniendo en un transmisor imparcial, pasivo y silencioso de la realidad.

Su preocupación por la historia se reducía a la búsqueda de leyes generales que explicaran “científicamente” el devenir histórico, esto acercaba la historia a la filosofía, particularmente a la filosofía sustantiva⁶ de carácter ontológico cuya preocupación principal era “descubrir” el sentido final de la historia, de allí su carácter teleológico. La posición predominante era la que sostenía la idea de que la historia cumplía con un proceso histórico-natural, unitario, en un todo regulado por leyes. Se ignoraba o se omitía la problemática acerca de si la historia tenía un sentido oculto o bien, eran los hombres y mujeres los que les daban un sentido a la historia (Heller, 1993:184)

⁶ Según Arthur Danto, tomando los aportes de Löwith, la filosofía sustantiva de la historia consiste en la interpretación sistemática de la historia universal de acuerdo con el principio de que los acontecimientos y sus sucesiones históricas adquieren su unidad por, y están dirigidas a, un último significado (Danto, 1989:40). De este modo, se concibe que los acontecimientos están dotados de “significado” mediante referencia a una estructura temporal más amplia de la que son componentes. Se preocupan por el significado de la historia y no, en la historia. Según Danto, esta filosofía está interesada en lo que él denomina *profecía*, entendida como cierta clase de afirmación acerca del futuro.

Por otra parte, la pretendida científicidad de estos historiadores remitía a las ideas de la Ilustración que consideraba, por un lado, el progreso de la ciencia y la tecnología como una condición de liberación respecto de la religión y de la metafísica y, por otro lado, como un instrumento para la emancipación y el progreso de la humanidad.

Este panorama cambiaría, sin embargo, ya a principios del siglo XX, cuando empezó a dejarse sentir el agotamiento de los viejos métodos de la erudición académica profesionalizada del siglo XIX, con sus rígidas pretensiones de objetividad científica. El desarrollo de la sociología histórica durkheimiana en Francia y de la sociología comprensiva weberiana en Alemania en los años diez y veinte y la eclosión de los primeros *Annales* durante los años treinta afectaron los presupuestos epistemológicos positivistas. Los denominados historiadores sociales, ahora basados en un modelo deductivista, reconocían que todas las ciencias, incluida la historia, eran sistemas de conceptos más que una descripción de la realidad. O sea, pasaron a sostener que toda percepción e investigación de la realidad estaba siempre mediatizada, de manera consciente o no, por una determinada perspectiva histórica. En contra de las creencias inductivas, alegaban que los hechos no eran nunca aprehendidos en sí mismos, sino siempre a través de un marco teórico previamente existente y, por tanto, las fuentes no hablaban por sí mismas, sino en función de las preguntas teóricamente informadas que se les formulaban (Cabrera, 2004:142) Esta hipótesis posibilitó el desarrollo de una historiografía basada en una complejidad epistemológica mayor que la que la escuela rankiana había desarrollado durante las décadas precedentes. La filosofía analítica de la historia⁷ se ligaría y aportaría a cuestiones epistemológicas y de metodología de la investigación histórica al abordar problemas tales como la naturaleza de las pruebas y las hipótesis históricas (a menudo llamadas “interpretaciones”), las diferencias entre la explicación histórica y la retrog-

⁷ Para Danto, la filosofía analítica de la historia es la filosofía aplicada a problemas conceptuales especiales, que surgen tanto de la práctica de la historia, como de la filosofía substantiva de la historia” (Danto, 1989:29).

nosis, entre otras cuestiones (Bunge, 1999:283). El conocimiento histórico se pensaba como el resultado del análisis teórico de los datos empíricos y no como una mera proyección de estos. O sea, el método hipotético-deductivo garantizaba interpretaciones históricas concebidas como representaciones de una realidad objetiva. Se reconocía la *mediación lingüística* de los marcos teóricos, pero, a su vez, se la reconocía como expresión conceptual de la propia realidad y que se ha ido verificando en el proceso mismo de conocimiento.

Durante los treinta años que transcurrieron desde el final de la Segunda Guerra Mundial al desencadenamiento de las crisis intelectuales de finales de los sesenta y la crisis económica de principios de los setentas, el estructuralismo braudelianao, el marxismo anglosajón y la historia cuantitativa coincidieron en la búsqueda de un lenguaje científico para la historia que sustituyera a la narración tradicional al tiempo que preconizaban la preeminencia de la historia económica y social como única capaz de dar una explicación verdaderamente integradora de la realidad social.

No obstante las considerables diferencias entre historiadores inductivos e historiadores hipotético-deductivos, algo los hermanaba. Ambos no ponían en duda que las narraciones o las explicaciones ofrecidas reflejaban o reproducían el funcionamiento efectivo de la realidad social y las verdaderas conexiones causales de los hechos que la componía (Cabrera, 2004:142). Por esta razón, se consideraban empíricamente verificables y su grado de correspondencia con la realidad se constituía en el criterio para dirimir cualquier conflicto entre ellas.

La creencia en la ciencia, el progreso y la modernidad se debilitó en gran medida a partir de los años sesenta, en el preciso momento en que empezó a tambalearse una larga época de sostenido progreso y se empezaron a generalizar las protestas ante el poder establecido. Una renovada visión de la historia trasladó el centro de atención de las elites a otros segmentos de la población, de las grandes estructuras impersonales a los aspectos existenciales de la vida diaria, de la macrohistoria a la microhistoria, de la historia socioeconómica a la historia cultural (Igeers, 1998:12). Se empezó a reflexionar sobre la voluntad del grupo, del individuo, que

pasaron a ser agentes causales de los cambios históricos tan importantes como las fuerzas impersonales de la producción material. Las categorías mentales, las motivaciones religiosas, los procesos culturales empezaban a imponerse como causas, aunque no únicas, de los procesos históricos.

Ya a finales de los años sesenta comenzaría a experimentarse en los diferentes ámbitos de las ciencias sociales una apelación al retorno de un lenguaje comprensible y narrativo, alejado de los códigos esquemáticos y científicos del marxismo y el estructuralismo (Aurell, 2005:85)

Como parte de este nuevo contexto historiográfico y filosófico, las últimas décadas han sido testigos de un inusitado y creciente interés por la cuestión del conocimiento histórico, así como de un debate, cada vez más intenso y concurrido, sobre la naturaleza y las condiciones de producción de dicho conocimiento. Durante ese tiempo ha tenido lugar, además, un notable incremento de los pronunciamientos críticos en contra de las concepciones del conocimiento histórico heredadas de las décadas precedentes. Como consecuencia de ello, se ha producido una apreciable renovación de los puntos de vista sobre esta cuestión y de las posturas teóricas que intervienen en el debate. Aunque más bien habría que decir que han sido la propia proliferación de las críticas y la consiguiente aparición de concepciones no convencionales sobre el conocimiento histórico las que han despertado y estimulado ese interés y han encendido el debate. Cuando las tranquilas aguas epistemológicas de la disciplina histórica comenzaron a ser agitadas por nuevas voces críticas y lo hasta entonces dado por evidente empezó a ser puesto en entredicho, la cuestión del conocimiento histórico pasó a ser objeto de una atención, una reflexión y una discusión cada vez más vivas. Al tiempo que el círculo de historiadores preocupados por dicha cuestión e involucrados en el debate se ampliaba considerablemente

Juntamente, se vuelve problemático el concepto de ciencia, así como la relación con ella. El profundo cambio estructural que sufre la sociedad⁸

⁸ Las revoluciones estudiantiles de Berkely, París, México constituyeron un síntoma inequívoco e indiscutible de que no todo iba tan bien como se creía.

deviene en un intenso cuestionamiento a la idea de función emancipadora de la ciencia. Ya no se une a la promesa de un mañana mejor. De modo que, todo intento de hacer ciencia con pretensiones emancipadoras caería bajo la sospecha de pretender, autoritariamente, imponer la verdad a las personas. Una nueva generación rechazaba los ideales de la modernidad, la ilustración y el racionalismo recibidos por sus antecesores. Era el momento de emergencia del posmodernismo,⁹ entendido por Aurell como un conjunto de epistemologías y metodologías más que una corriente intelectual propiamente dicha (Aurell, 2005:114). Presupondría la convergencia del postestructuralismo foucaultiano, el deconstruccionismo derridano, la nueva hermenéutica de Paul Ricoeur y Michel de Certe-

⁹ Considerar la posición de Aurell, no implica desconocer que postmodernismo o postmodernidad designa generalmente un amplio número de movimientos artísticos, culturales, literarios y filosóficos del siglo XX que tiene como factor común todas ellas el hecho de compartir la idea de que el proyecto modernista fracasó en su intento de renovación radical de las formas tradicionales del arte y la cultura, el pensamiento y la vida social. Por otra parte, no deja de ser interesante y significativo el aporte de Fredric Jameson, quien en un artículo para *New Left Review* en 1984 expone la tesis central sobre la defunción del modernismo y la aparición de una nueva configuración posmoderna como “lógica cultural del capitalismo tardío” (Jameson, 2002)

Entre las principales características que lo definen están: en contraposición con la Modernidad, la Postmodernidad es la época del desencanto. Se renuncia a las utopías y a la idea de progreso. Se produce un cambio en el orden económico capitalista, pasando de una economía de producción hacia una economía del consumo. Desaparecen las grandes figuras carismáticas, y surgen infinidad de pequeños ídolos que duran hasta que surge algo más novedoso y atractivo. La revaloración de la naturaleza y la defensa del medio ambiente se mezcla con la compulsión al consumo. Los medios de masas y el mercadeo se convierten en centros de poder. Deja de importar el contenido del mensaje, para revalorizar la forma en que es transmitido y el grado de convicción que pueda producir. Desaparece la ideología como forma de elección de los líderes siendo reemplazada por la imagen. Los medios de masas se convierten en transmisoras de la “verdad”, lo que se expresa en el hecho de que lo que no aparece por un medio de comunicación masiva, simplemente no existe para la sociedad. Aleja al receptor de la información recibida quitándole realidad y pertinencia, convirtiéndola en mero entretenimiento. Se pierde la intimidad y la vida de los demás se convierte en un show, se desacraliza la política y se desmitifica a los líderes.

au y las derivaciones del giro lingüístico. En general, lo que compartían, siguiendo al filósofo italiano Gianni Vattimo,¹⁰ era el hecho de que lo importante no son los hechos sino sus interpretaciones. Así como el tiempo dependía de la posición relativa del observador, la certeza de un hecho no era más que eso, una verdad relativamente interpretada y por lo mismo, incierta. El modelo determinista de la causalidad, de la verdad de un sujeto fuerte al estilo de Hegel, Kant e incluso Marx y el planteamiento del tiempo lineal como el de Leibniz fueron puestos en tela de juicio. La postmodernidad marcaría la superación de la modernidad dirigida por las concepciones unívocas de los modelos cerrados, de las grandes verdades, de fundamentos consistentes, de la historia como huella unitaria del acontecer. Esto devino en un rechazo de la historia como proceso teleológico, en una negación de la pretensión omnicomprensiva de la realidad y de la pretensión universalizadora y totalizadora de la razón moderna. La pregunta por el sentido de la historia, ligada a la Filosofía de la Historia especulativa es criticada. El sentido de la historia como proceso unitario y con una finalidad, la historia como proceso irreversible hacia la soberanía de la libertad, la reflexión que busca e indaga los fundamentos y los principios de inteligibilidad del devenir, la construcción de grandes relatos o metarrelatos (relatos de emancipación), fundados en la confianza irrestricta en la razón y en la libertad dejan de ser parte de la agenda de preocupaciones y prácticas historiográficas.

En este marco, se van constituyendo lo que podríamos caracterizar como algunos de los postulados básicos del postmodernismo: algunos critican al conocimiento *moderno* por su pretensión objetiva y eterna a través del discurso anormal (Rorty); otros, consideran que la ciencia es la pluralidad de juegos del lenguaje que se originan de la ruptura de la idea de que las ciencias están fundamentalmente unificadas y rechaza el viejo principio interdisciplinario de que las investigaciones del conocimiento no son interpretables y que sólo puede ser interdisciplinario aquello visto bajo el

¹⁰ Gianni Vattimo, filósofo italiano, discípulo de Hans-Georg Gadamer, es seguidor de la corriente hermenéutica en filosofía.

principio de la performatividad (categoría sistémica) (Lyotard); también, se acuerda que la búsqueda del conocimiento es política en la medida que está ligado a las estructuras del poder. La ciencia es poder (Foucault) y se pone en evidencia, a través del discurso deconstructivista, la incapacidad de la filosofía de establecer un piso estable (Derrida).

Como se puede advertir, los posmodernistas critican abiertamente el paradigma modernista y rechazan todo control objetivo y absoluto de la ciencia en la producción del conocimiento. El objetivo del postmodernismo es buscar nuevas interpretaciones sobre lo social y sobre lo científico, en un continuo devenir por explicar la relación de lo que se produce y quién lo produce, es decir, no busca una explicación absoluta de la realidad. La producción científica no responde a verdades ahistóricas, sino a prácticas y discursos humanos. Se rechaza la idea acerca de que una única manera de explicar la realidad sea por medio de la lógica tradicional y la contrastación empírica. Las disciplinas tratan de legitimarse sin pretender un metalenguaje que las abarque a todas bajo la égida de la razón.

El efecto perturbador del desarrollo de las críticas postmodernas a los postulados modernos ha introducido elementos novedosos en el debate historiográfico y ha contribuido a renovar los términos de éste. El eje principal de reflexión y de crítica es el supuesto de que la investigación histórica deviene en una representación objetiva de la realidad social. El reconocimiento de la imposibilidad de un acceso a una realidad independiente del lenguaje que se pueda constituir en criterio objetivo para la determinación de la verdad sumergiría de lleno en una práctica teórica en torno a los usos del lenguaje histórico. La percepción de la realidad como un todo complejo, problemático, ambiguo y contradictorio que no puede ser aprehendido con certeza obligaría a abandonar las técnicas y el lenguaje del realismo que daba cuenta de la creencia de una realidad ordenada, cuyo sentido podía ser traspasado inequívocamente al papel. La conciencia de que la elección de los procedimientos narrativos está estrechamente ligada a la problemática del conocimiento de la realidad llevaría al planteo que el conocimiento histórico es un producto de la escritura de la historia, poniendo en cuestión la teoría de la verdad como correspon-

dencia; o sea, la idea de que la realidad es tal como se la representa. Se pone de manifiesto el carácter configurador del lenguaje, entendido como práctica social. Considerar que el lenguaje es estructurador de la realidad, desata un debate que pone en jaque los conceptos realistas de referencialidad y la suficiencia del positivismo realista. Los conceptos y las explicaciones de los historiadores no reproducirían propiedades intrínsecas de la realidad ni estas propiedades serían el resultado de un acto de descubrimiento. La visión representacionista u objetivista del conocimiento histórico que se ponía en cuestión suponía que conceptualizar, explicar o narrar era representar propiedades de la realidad que tienen una existencia previa e independiente de la operación misma de conceptualizaron, explicación o narración. Esto admite que el lenguaje es un simple medio de comunicación o transmisión de la realidad social.

La principal crítica se planteará alrededor del hecho de reconocer que el lenguaje del historiador no es un medio transparente y pasivo de comunicación, sino un factor activo en la aprehensión de la realidad social y en la configuración de la imagen histórica que se elabora de ésta (Cabrera, 2004;143). De modo que el lenguaje no sólo se vincularía con la forma de la obra histórica, sino que influiría considerablemente en su contenido. El contenido de la representación se liga a la forma, cuya peculiaridad es la producción de significado. O sea, el presupuesto fuerte será que el lenguaje de la investigación histórica no se limita a representar la realidad social, sino que la construye significativamente.

Si bien no se niega que los hechos sociales tengan una existencia real¹¹ y constituyan la base empírica de las explicaciones históricas, se reconoce que éstas no son proyecciones de aquéllos. Son el resultado de un proceso

¹¹ Para los historiadores postsociales, la sociedad no es un “hecho objetivo bruto” sino una cierta construcción significativa de la realidad social instituida como práctica. La realidad no existe fuera del alcance del lenguaje. El mundo sólo es un constructo lingüístico.

de interacción entre patrones lingüísticos de percepción y hechos reales. De allí que esta posición se la considere inscrita en el giro lingüístico.¹²

La función generativa y no meramente mimética del lenguaje es una de las piezas constitutivas esenciales del actual debate historiográfico y plantea que el significado, la relevancia o las implicaciones o situaciones sociales con los que se encuentran cotidianamente y frente a los cuales reaccionamos, dependen no de los propios hechos, acontecimientos o situaciones, sino del marco categorial o imaginario social con que, en cada caso, son conceptualizados (Cabrera, 2001:77); o sea, un fenómeno social puede poseer significados diferentes dependiendo del régimen discursivo en que sea inserto. De modo que, la referencialidad -las reglas de significación- sería un atributo del lenguaje, no del referente. Como sostiene Cabrera a modo de analogía, en el proceso de producción de los objetos, la realidad proporciona la materia prima (los ladrillos) con los que estos son contruidos, pero es el discurso el que suministra los planos (o parámetros de significación) de acuerdo con los cuales se realiza la construcción (Cabrera, 2001:78). El lenguaje no refleja la realidad social, sino la preestructura de manera cognitiva. Como manifiesta Margaret R. Somers en una cita hecha por Miguel Ángel Cabrera, el discurso es un esquema epistemológico que hace posible que los individuos no sólo vean algunas cosas y no otras, sino, además, que vean esas cosas de una determinada manera (Cabrera, 2001:79). Los objetos no se descubren ni se toma conciencia de ellos, sino simplemente son objetivados como entidades significativas. Se trata de una operación de construcción significativa mediante la aplicación de una matriz categorial de naturaleza discursiva.

¹² El giro lingüístico -linguistic turn- es una expresión acuñada por Gustav Bergman en 1964 y hecha célebre por la colección de ensayos editados por Richard Rorty (*The Linguistic Turn. Recent Essays in Philosophical Metho*, Chicago, 1967) en 1967. Gustav Bergman, llamó "giro lingüístico" al desplazamiento del interés filosófico al campo del lenguaje en el ámbito del pensamiento anglosajón, La filosofía lingüística se proponía resolver, o disolver, los problemas filosóficos tradicionales (el ser, la conciencia, el conocimiento, la mente, la libertad, etc.),

La crítica a la noción referencial de los datos¹³ lleva a sostener que los significados y las acciones basados en la experiencia no están anclados en la realidad, sino en el propio proceso de construcción discursiva de esa realidad. Como consecuencia de ello, una nueva teoría social sobreviene y por la cual se intenta no reducir la indagación histórica a un proyecto que haga visible la experiencia, que pretenda apreciar las conductas alternativas y las acciones represivas, sino que procura indagar y comprender los marcos dentro de los cuales se inscriben las conductas y las acciones, cómo han sido construidos y a qué lógica obedecen. En este cuadro, la experiencia es el resultado de la aprehensión discursiva de la realidad, y por eso las condiciones sociales, por sí mismas, no pueden prescribir las conductas (Cabrera, 2001:90). La experiencia no puede ser el origen de la explicación. Lo que se ha de explicar es por qué las condiciones sociales han sido experimentadas por los individuos de una manera y no, de otra. Ésta es la razón por la cual se desnaturaliza el concepto de sociedad. El análisis histórico del supuesto de una sociedad objetiva se desplaza al estudio de cómo ciertas condiciones materiales de existencia han sido discursivamente objetivadas como sociedades. Sería en dicho proceso, y no en las circunstancias vitales, donde se encontraría el origen causal de la práctica.

La nueva concepción del lenguaje y el rechazo del realismo que descarta la posibilidad del conocimiento objetivo y de la verdad como metas de la investigación no autorizan a pensar que de ello deviene un relativismo extremo, un antirrealismo, un idealismo lingüístico y antirreferencialismo.¹⁴ Ni un solo postmodernista (Faucault, Derrida, Baudrillard, Lyo-

¹³ La crítica sostiene que los datos no son más que un reflejo de lo real y por lo tanto la realidad se impone por sí misma a la conciencia.

¹⁴ Zagorin piensa, en tono acusador, que la filosofía del idealismo lingüístico desemboca en una metafísica que afirma que no existe una realidad extra=lingüística independiente de las representaciones de ella en el lenguaje o el discurso. De modo que este lenguaje o discurso está constituido por sistemas de signos autorreferenciales atrapados en un incestuosos proceso de significación que nunca llega a un significado estable (Zagorin, 2004)

tard, Rorty, Ankersmit, Butler, White) es realmente antirrealista. Ninguno está en desacuerdo con la distinción fundamental que Rorty plantea entre el mundo que está ahí afuera y las aportaciones que los humanos hacen de éste, entre la afirmación de que el mundo real/social está ahí con toda su brutal y tozuda realidad y la de que todos los significados y significaciones y verdades que se pueden decir que tiene está aquí dentro, en el lenguaje (Jenkins, 2004:121). O sea, la premisa es que el mundo está ahí afuera pero no así las descripciones. El mundo no puede proponer un lenguaje (o creencias) para que lo hablemos. Vivir comprensivamente en una cultura implica habitar dentro de prácticas discursivas. Lo importante no sería admitir o no la existencia de una realidad ahí fuera, sino que no hay modo de apropiarse de ella sin usar el lenguaje. De lo que se trata es de una posición antirrepresentacionista y no, antirrealista. Se reconoce el poder de referencia de las palabras, pero en la medida en que generan significados sólo pueden referirse indirectamente a una realidad que nunca está disponible en su radical alteridad.

Ello pone en jaque y en alerta al representacionismo propio del paradigma ontológico y epistemológico de la filosofía sustantiva y analítica, por lo que lo nuevo que introduce el giro lingüístico será visto como amenaza y no como potencial liberador de los efectos negativos del representacionismo. En algunos casos, para algunos historiadores, los actuales debates generados por la crítica postmoderna ligados al giro lingüístico y a la crítica de la noción de conocimiento histórico objetivo han socavado los cimientos epistemológicos de la investigación histórica y, en consecuencia, ha creado una crisis de identidad y un clima de incertidumbre y pérdida de confianza. La actitud de otros ha sido la de asumir una posición predominante de rechazo y oposición puesto que consideran que se pone en tela de juicio el estatus científico del conocimiento histórico al negar la posibilidad y la capacidad de la historia para representar la realidad, al dejar de considerar al lenguaje como un medio de representación fiel de la realidad, al disolver el referente y al aproximar, por ende, la historia a la ficción. Por lo que la función de la historia dejaría de ser la de producir conocimiento y pasaría a ser la de entretener o producir deleite y placer estético, pudien-

do conducir a un irracionalismo de consecuencias prácticas temibles por las posibles mistificaciones y manipulaciones ideológicas.

No obstante las críticas que se han generado, el quiebre epistemológico producido durante los últimos años al entender que la historia es una práctica interpretativa¹⁵ y no una ciencia objetiva y neutral, debiera pensarse como una oportunidad que ha de contribuir saludablemente a favorecer una mayor reflexión crítica, nuevas preguntas, nuevas líneas de investigación de los historiadores sobre sus operaciones lingüísticas y sobre los objetos de análisis. Para quienes tenemos algún vínculo con la investigación histórica y con la enseñanza de la historia, lo adecuado sería aprovechar el debate con el fin de renovar la propia noción de conocimiento histórico. Por lo tanto, se podría celebrar los aportes postmodernos al interesarse por los problemas de explicación, interpretación y epistemología y aprovecharlos como un factor de renovación de los estudios históricos y de la enseñanza de la historia al entrar en diálogo con ellos.

Cuando el contenido no es indiferente a la forma. Aportes de Hayden White a la teoría del conocimiento

Entre los autores que han contribuido a reavivar el debate epistemológico en historia y a renovar la concepción del conocimiento histórico Hayden White (quien, además, fue un auténtico pionero en este campo) ocupa un lugar preeminente. El filósofo e historiador norteamericano tiene el mérito de haber sido uno de los primeros que desarrolló la reflexión epistemológica en torno a la narrativa, atendiendo los aportes de la moderna teoría literaria. Dicha reflexión se inicia en su obra *Metahistoria. La imaginación histórica en el siglo XIX* (1973). En esta obra, Hayden

¹⁵ Como asegura Jenkins, reconocer que la historia es una práctica interpretativa no implica caer en el todo vale o en el caos o en la ficción. Por el contrario, es un reconocimiento que asume, racionalmente, la adhesión, pero también la crítica, a los procedimientos de verificación y documentación establecidos por la comunidad interpretativo-discursiva de los historiadores.

White estudió las maneras en que se ha pensado la historia, pero atendiendo sobre todo a las *formas* del conocimiento histórico, que se realizan en el aspecto discursivo de los escritos.

Desde esta obra y desde un principio Hayden White definió como uno de sus objetivos primordiales el de contribuir «a la actual discusión del *problema del conocimiento histórico*» y el de aportar «una nueva perspectiva sobre el actual debate en torno a la naturaleza y función del conocimiento histórico». La obra de White forma parte del movimiento de reacción crítica contra la noción objetivista o representacionista de conocimiento histórico predominante hasta la década de 1960. Es decir, contra el supuesto de que el resultado producido por la investigación histórica es una representación objetiva de la realidad. No sólo en el sentido más trivial de que es (o puede ser) una representación imparcial, sino, sobre todo, en el sentido de que capta y reproduce las propiedades, relaciones y significados intrínsecos de los hechos históricos. Entre las posturas filosóficas contra las que White reacciona críticamente se encuentran el denominado «modelo nomológico-deductivo», defendido por C. G. Hempel (que asimila la historia a las ciencias naturales) y la llamada «visión narrativista de la explicación histórica» (o realismo narrativo), sostenida por filósofos analíticos como W. Dray. Ambas posturas filosóficas presentan diferencias substanciales, pero comparten el mencionado supuesto de que la obra histórica contiene representaciones objetivas de la realidad, bien sea de las leyes que rigen ésta (en el primer caso), bien de la conexión existente entre los hechos (en el caso de la segunda). Frente a todos ellos, White puso en duda que la narración histórica produjera un conocimiento objetivo de la realidad. Esto era imposible, argumentaba White, porque las propiedades y significados de los hechos históricos no son inherentes a los hechos mismos, sino que se constituyen como tales en el propio proceso de investigación. Y ello es así porque el historiador se enfrenta al registro histórico factual no como un mero receptor pasivo, sino portando siempre un conjunto de preconcepciones implícitas sobre la naturaleza y el sentido de la historia humana. Como consecuencia de ello, lo que el historiador hace no es simplemente registrar los hechos y sus conexio-

nes, sino organizarlos conceptual y significativamente en función de y mediante esas preconcepciones.

Aunque la historia se ocupa de hechos reales, las narraciones, interpretaciones y explicaciones históricas son el resultado de la incorporación de esos hechos a un patrón previo de representación que no deriva de los hechos mismos. White identificaba ese patrón con los dispositivos lingüísticos de que se sirve el historiador para llevar a cabo su investigación y presentar los resultados de ésta. La formulación de White entraña una profunda ruptura con el sentido común epistemológico prevaeciente entre los historiadores. En primer lugar, porque implicaba que la relación cognoscitiva entre historiador y realidad histórica estaba mediada por un factor, no contemplado con anterioridad, de cuya existencia el historiador no era, ni podía llegar a ser, consciente. En la visión precedente, el proceso de investigación histórica se componía únicamente de dos variables: una, el historiador, armado con su teoría y sus métodos e imbuido de su subjetividad, y, otra, los hechos históricos. Asimismo, la idea de que la relación entre historiador y realidad histórica estaba mediada existía, por supuesto, con anterioridad. Pero esa *mediación lingüística* se atribuía a la ideología subjetiva del historiador. Ésta podía interferir en la investigación y distorsionar sus resultados, pero, a la vez, se creía que esa interferencia podía ser eliminada o, al menos, minimizada mediante la reflexión crítica y la aplicación de un método adecuado de verificación. En el caso de la historia de orientación deductivista, el factor mediador era la teoría. Pero dado que ésta era concebida como una generalización conceptual derivada del propio estudio de la realidad, sus imperfecciones se irían reduciendo con el propio avance de la investigación histórica. En ambos casos se tenía la convicción de que, más allá de la interferencia subjetiva o teórica, existía una realidad objetiva que acabaría por neutralizar cualquier influencia distorsionadora. Frente a esa visión, White introdujo una tercera variable en el proceso de escritura histórica (las preconcepciones implícitas) que poseía una naturaleza y una lógica específicas y que le venía impuesta al historiador por el contexto cultural al que pertenecía. Una variable cuya *mediación lingüística*, por tanto, no podía ser reducida ni mediante la reflexión crítica ni mediante la mera verificación empírica. La

segunda novedad de la formulación de White radicaba en que identificaba esa tercera variable con las estructuras lingüísticas de que se servía el historiador. Lo cual implicaba que el lenguaje de la historia no era un mero dispositivo formal o un medio neutral de transmisión, sino un factor que condicionaba la manera en que la realidad era percibida, concebida y representada y que, por tanto, afectaba al resultado de la investigación, al contenido de la obra histórica. Y de ahí que el conocimiento obtenido por esa investigación no pudiera seguir siendo tomado simplemente como una representación objetiva de la realidad, dado que entrañaba siempre una operación de construcción significativa de ésta.

El punto de partida del análisis de White era la consideración de que toda obra histórica consta de dos niveles: el nivel explícito de los datos, las teorías y las explicaciones o narraciones y el nivel implícito de los supuestos subyacentes asumidos y aplicados inconscientemente por el historiador. Así, las obras históricas incluyen una cierta cantidad de datos sobre acontecimientos del pasado y de conceptos teóricos con los que estos son explicados. Pero, además, dichas obras históricas tienen un contenido estructural profundo que opera como un «paradigma precriticamente aceptado» de lo que debe ser una interpretación de tipo histórico. Este segundo nivel, o «estructura profunda de la imaginación histórica», que constituye su objeto preferente de análisis, es lo que White denomina como elemento «metahistórico» o, simplemente, *metahistoria*, que se constituye en un acto poético de prefiguración del discurso histórico y presupone una particular combinación de las posibilidades narrativas, explicativas e ideológicas. Ello no involucra necesariamente el antirrealismo acerca del pasado, sino un realismo figurativo en contra de otro ingenuo y el reconocimiento del carácter figurativo y tropológico del discurso histórico.¹⁶ Por

¹⁶ El tropo es una figura retórica que consiste en usar las palabras en un sentido no literal o propio. La clasificación más común de los tropos es la metáfora, la metonimia y la sinécdoque. White prefiere una clasificación cuádruple y añade la ironía.

La narrativa o el relato es el instrumento principal, el instrumento performativo para actuar con los auditorios; no sólo para comunicar información, sino para cambiar la

esta razón, se orientó a la naturaleza de la figuración, es decir, de la representación en figuras. La formulación de la teoría tropológica en *Metahistoria* resulta de un enfoque formalista de la obra histórica que toma a ésta como un artefacto verbal que se explica como un acto de prefiguración.

La teoría de los tropos revela los recursos de los que dispone el historiador para producir relatos históricos y le permite identificar las dimensiones manifiestas o estrategias con efectos explicativos (epistemológicas, estéticas y morales) de la obra histórica: la argumentación formal, la explicación por trama y la explicación por implicación ideológica. Dentro de cada uno de estas diferentes estrategias identifica cuatro modos posibles de articulación por los cuales el historiador puede conseguir un efecto explicativo de un tipo específico. Para la argumentación identifica como modos el formalismo, el organicismo, el mecanicismo y el contextualismo; para la trama, los arquetipos de la novela, la comedia, la tragedia y la sátira; y para la implicancia ideológica, las tácticas del anarquismo, el conservadurismo, el radicalismo y el liberalismo.¹⁷

En base a su teoría sobre la obra histórica, la premisa central de White es que la relación entre el historiador y la realidad histórica está lingüísticamente mediada. En el sentido de que el lenguaje utilizado por los historiadores no es sólo un medio para presentar los resultados de su investigación, sino que afecta directamente a dichos resultados. En contra de la visión instrumental y puramente denotativa del lenguaje, White sostiene que éste implica siempre una estructura previa de comprensión de la realidad histórica que opera como una suerte de rejilla conceptual a través de la cual se ha de aprehender y explicar necesariamente dicha realidad.

actitud de las audiencias hacia la información. Ésta es precisamente la definición de retórica: es lo performativo, en lo cual la información se trasmite, de tal forma que produce actitudes particulares hacia esa información.

¹⁷ En la introducción (“La poética de la historia”) de *Metahistoria* (1992:13-50) identifica y desarrolla los componentes estructurales de los relatos históricos desde su teoría de la obra histórica. Su lectura puede ampliar las estrategias señaladas.

Hasta ese momento, la mayoría de los historiadores había operado sólo con la noción de lenguaje como medio de expresión formal. Sin embargo, el lenguaje que el historiador lleva al terreno de la investigación no se reduce únicamente a palabras y conceptos. Ese lenguaje incluye, además, una serie de supuestos generales sobre la naturaleza y el funcionamiento del mundo humano y sobre el sentido de la historia que condicionan profundamente la manera en que el historiador aborda el estudio de los hechos históricos y en que organiza estos conceptualmente, así como el significado que les confiere y las explicaciones o narraciones históricas que produce a partir de ellos. El historiador opera dentro del lenguaje, no a través del lenguaje, pues éste no es un simple dispositivo formal, neutro y literal de representación, sino un factor estructurante ineludible de toda relación cognoscitiva con el mundo. En términos del propio White, el lenguaje del historiador no se limita a dar cuenta de la realidad, sino que *prefigura* a ésta. En la visión heredada, el lenguaje de los historiadores era considerado sólo como un ornamento formal o un recurso estilístico epistemológicamente neutro. La «escritura» de los historiadores era tratada solamente como un «medio» más o menos elegante, pero neutral, que no contribuía en nada substancial al contenido y al valor de verdad de la obra histórica. La «escritura», sin embargo, sostiene White, no es sólo forma, sino que, al contribuir a codificar los hechos históricos de una cierta manera, afecta profundamente al contenido. Pues todo código, incluido el lenguaje, hace posible, pero a la vez pone límites a lo que puede decirse sobre el mundo.

El concepto de *mediación lingüística* lingüística, que apenas había formado parte, con anterioridad, del bagaje epistemológico de los historiadores, tiene hondas implicaciones para la teoría del conocimiento histórico, pues obliga a redefinir por completo la naturaleza de éste. Pues si la objetividad no es una propiedad que la realidad histórica posee y que el historiador descubre, registra y representa, sino una propiedad que ésta adquiere al ser lingüísticamente codificada, entonces lo que el historiador produce no es una representación objetiva de esa realidad, sino, más bien, una *construcción significativa* de la misma. Esta función mediadora permite hablar de la narrativa histórica como una *metáfora* exten-

dida, o sea, como estructura simbólica no reproduce los acontecimientos que describe, sino dice en qué dirección pensar acerca de los acontecimientos y carga el pensamiento sobre los acontecimientos con diferentes valencias emocionales (White, 2003:125). Por ello, para White, las historias deben ser leídas como estructuras simbólicas, metáforas extendidas, que no refleja la cosa que busca caracterizar. Funciona más como un símbolo que como un signo, lo que quiere decir que no da una descripción o un icono de la cosa que representa, sino que dice qué imágenes buscar en la experiencia cultural codificada en pos de determinar cómo nos deberíamos sentir acerca de la cosa representada (White, 2003:126). En efecto, el que la realidad histórica sea siempre aprehendida, conceptualizada y hecha significativa mediante protocolos lingüísticos de representación implica que se ha de hacer una distinción tajante entre hechos reales y hechos objetivos. Pues los primeros están dados en la realidad y son comprobables mediante los métodos de verificación empírica desarrollados por la disciplina histórica. Pero los segundos se constituyen como tales en el proceso de investigación y sólo tienen existencia a partir de él. En la terminología de White, se ha de distinguir entre acontecimiento (event) y hecho (fact). El primero es un acontecer que sucede en un espacio y un tiempo materiales; el segundo es un enunciado acerca de un acontecimiento en forma de una predicación (White, 2003:113). Los acontecimientos ocurren y son autenticados por las fuentes; los hechos son contruidos conceptualmente y sólo tienen existencia en el pensamiento y en el lenguaje. Se trata, en suma, según White, de distinguir entre la cosa misma y la representación que el historiador hace de ella, pues ambas no son lo mismo, ya que el historiador nunca aprehende la cosa misma, sino una forma siempre ya conceptualizada o narrativizada de ella. En esta perspectiva, la conexión entre acontecimiento y hecho no es necesaria y objetiva, sino lingüísticamente contingente. El concepto de *mediación lingüística* implica, por lo tanto, que entre ambos no existe una continuidad lógica y una conexión objetiva y estable. En la visión convencional del conocimiento histórico, la manera en que los acontecimientos históricos eran conceptualizados y explicados aparecía como inferida, de alguna manera, de los acontecimientos mismos. Y de ahí que se pudiera apelar a estos como crite-

rio de verificación de las explicaciones. Sin embargo, si el lenguaje no es un simple medio de comunicación de la realidad, sino un organizador conceptual de ésta, entonces los hechos no son meras proyecciones de los acontecimientos, sino efectos de la *mediación lingüística* misma. La conexión entre acontecimiento y hecho no es necesaria y objetiva, sino lingüísticamente contingente. Y de ahí que, como gusta repetir White, unos mismos acontecimientos puedan dar lugar a hechos (o explicaciones) diferentes según sea el patrón lingüístico utilizado.

Los acontecimientos históricos son entidades inertes y carentes de relevancia histórica intrínseca. Es sólo al ser incorporados a una cierta trama que adquieren esa relevancia. Es por ello, como sostiene White, que una misma secuencia de acontecimientos puede ser tramada de diferentes maneras (sin violar la veracidad de esos acontecimientos) y, por tanto, servir de referente a interpretaciones históricas diferentes. Razón por la cual los acontecimientos históricos no pueden fijar o estabilizar las explicaciones históricas que se hacen de ellos ni, en consecuencia, servir como criterios de verificación de éstas. Con la introducción del concepto de *mediación lingüística*, los objetos de conocimiento pierden su condición de entidades naturales (o meramente teóricas). La realidad proporciona los datos, pero la forma en que estos son objetivados depende de la estructura conceptual previa aplicada en cada caso. Es ésta la que convierte a los acontecimientos en entidades históricas significativas, en objetos históricos. Por consiguiente, lo que el historiador hace no es simplemente descubrir y representar la realidad histórica pasada, sino traducirla o codificarla mediante los protocolos de representación lingüística del presente. Es decir, convertir lo extraño o no familiar en algo familiar mediante su incorporación a un modelo explicativo culturalmente disponible. Comprender, dice White, es un proceso que consiste en hacer que lo no familiar aparezca como familiar (White, 2003:130). Para White, por consiguiente, la narración histórica no es un mero vehículo de representación de la realidad, no es un simple ornamento o una cuestión de estilo, sino que entraña siempre una operación de *narrativización*. White establece la distinción capital entre narrativa [narrative] (una forma de hablar sobre el mundo) y narrativización (una

forma de representar al mundo y a sus procesos como si poseyeran la estructura y el significado de un relato). Es decir, la narración histórica entraña siempre una operación de narrativización, forma de representar al mundo y sus procesos como si poseyeran la estructura y el significado de un relato. Esta *narrativización* constituye, para White, una operación tropológica más que lógico-deductiva, por lo que el lenguaje del historiador tiene efectos generativos en tanto hace un uso figurativo del lenguaje.¹⁸ Esto lleva a sostener que la historia tiene un componente ficcional, entendido no como “ficción”, sino como el acto de sometimiento a los acontecimientos históricos a una operación de composición con el fin de dotarlos de unos significados que estos por sí mismos no poseen. En este sentido, se puede relacionar el acto de figuración como un acto de ficcionalización. El historiador carga los acontecimientos con la significatividad simbólica de una estructura de trama comprensible (White, 2003:126). El tramado se constituye en una operación mediante la cual los acontecimientos históricos son convertidos en piezas de una explicación o en episodios de una narración (White, 1992:24), así la trama hace referencia a una estructura de relaciones por medio de la cual los acontecimientos son dotados de significado mediante su identificación como partes de un todo integrado (Cabrera, 2005:125). La narración entendida como mero dispositivo formal que sólo afecta al estilo de la obra histórica pero que no añade nada a su contenido y que se liga al realismo narrativo, a la idea de obra histórica como correspondencia con la realidad y a la concepción del lenguaje como medio de comunicación queda suprimida o cuestionada en los planteos de White.

El concepto de *mediación lingüística* implica, finalmente, la tesis epistemológica de que la veracidad de los acontecimientos no garantiza la

¹⁸ Verónica Tozzi en la introducción del libro *El texto histórico como artefacto literario* (2003) sostiene que el reconocimiento del carácter figurativo y tropológico del discurso histórico no conlleva ni un desmedro de su estatus cognitivo ni libera al historiador de su responsabilidad ante el lector por el relato que produzca acerca de los acontecimientos del pasado.

veracidad de las explicaciones. Dadas la discontinuidad lógica entre ambos y la existencia de una operación de producción de significados, la verdad de los enunciados factuales u observacionales no implica la verdad de los enunciados generales. La consecuencia de ello es que no se puede apelar a los datos reales como criterio de verificación o de refutación de las explicaciones históricas, por muy rigurosa que sea la metodología utilizada. El que una misma realidad pueda dar lugar a interpretaciones diferentes implica, según arguye White, que el criterio de validez para evaluar las interpretaciones históricas no puede depender de sus elementos constitutivos, de su contenido factual. Todos los datos a los que se hace referencia en una explicación histórica pueden ser irrefutablemente ciertos y, sin embargo, la explicación no serlo. Y ello porque el valor de verdad de los significados no se puede determinar mediante los acontecimientos mismos, como si se tratara del valor de verdad de enunciados específicos proferidos acerca de acontecimientos específicos. Ese podría ser el caso si los significados fueran un atributo objetivo de los acontecimientos, pero no si son el resultado de una operación de *mediación lingüística*. Si el historiador sólo produjera representaciones, sería lógico y factible recurrir a los referentes reales para verificar o refutar las explicaciones históricas. Pero, al producir también significados, ese recurso a la verificación empírica es inviable y estéril. Cuando se trata de evaluar interpretaciones en competencia, la realidad no puede ser invocada para decidir la cuestión, pues lo que está en discusión no es la veracidad de los acontecimientos, sino el significado que ha de atribuirse a estos. Cuando se trata de elegir entre visiones alternativas de la historia, las únicas bases para preferir una interpretación a otra son *morales* o *estéticas*, no teóricas o científicas. O sea, la conexión entre experiencia o situación histórica y formas discursivas no responde a un ideal de semejanza entre ellas, ni a una idea de verdad por correspondencia, sino a ideales morales y actitudes emotivas (White, 2003:29)

Por último, la obra de Hayden White generalmente es vista como una elaboración tendiente a igualar historia y literatura, cuando debería reconstruirse en términos de una apelación a la teoría literaria para desentrañar los recusos lingüísticos que intervienen en la producción de todo

discurso histórico. Por lo tanto, Hayden White se apropia de la teoría literaria y no, de la literatura para producir una teoría de la obra histórica, lo que le permite señalar la diferencia entre representar la realidad y presentar la realidad.

Pensando o repensando el Bicentenario desde una clave whiteneana

Si, a la vista del panorama intelectual antes referido, la creencia de que un acercamiento racional al pasado a través de una investigación objetiva permite recobrar los auténticos significados de ese pasado está siendo severamente entonces cómo repensar o revisar la enseñanza de la historia a la luz de los aportes tanto epistemológicos y como de la teoría social en este contexto de conmemoración del bicentenario. No cabe dudas que la renovación del elenco de cuestiones epistemológicas y el debate generado a raíz de las consecuencias del giro lingüístico deviene provocativamente en la tarea de repensar las propuestas de enseñanza.

Los docentes reconocemos la dificultad que enfrentamos al enseñar historia y los obstáculos que debemos superar para que el alumno la aprenda sin que le parezca una árida cronología de acontecimientos y personajes. Pero ¿nos hemos preguntado qué enseñamos por historia? ¿Contribuimos a la instrumentación de modelos didácticos en los que se desarrolle una concepción de historia viva que sigue en plena construcción, y que pueda crear una nueva conciencia en un intento por *reculturar* el conocimiento? ¿La historia se presenta como resultado de una relación estrecha y acabada entre el historiador que se encuentra en el presente y el pasado que refiere?

El continuo intercambio entre filosofía e historia en campo intelectual de los últimos años no sólo ha colaborado a romper el mito de que la historia es contemplativa o meramente constatativa, sino que ha permitido el cambio de interés desde el producto del enunciado al hecho de enunciar o de hablar, lo que es también el cambio de interés por consi-

derar al texto como un acto de comunicación, por supuesto, en vistas de una acción deseada. De esta manera, nunca debería ser presentado a sí mismo como inocente, pues siempre tiene signos que apuntan a su naturaleza construida. La enseñanza debería participar de la tarea de concientizar del elemento literario o lingüísticamente constructivo y significativo en el trabajo del historiador

En un presente en el que la persona no habla, es hablado; no piensa, es pensado, en el que la existencia, en palabras de Heidegger es inauténtica, en tanto el existente inauténtico vive en estado de ser interpretado. El gran desafío es cómo salir de esto cuando los medios y las editoriales están en manos de un poder que quiere colonizar las subjetividades. Probablemente, aunque no exclusivamente, el contexto del bicentenario puede ser una fértil coyuntura para generar estrategias de intervención pedagógica que permitan desnaturalizar los conceptos analíticos para entender que no son meras representaciones o etiquetas de fenómenos o procesos sociales realmente existentes, que no reflejan la naturaleza humana, que no reproducen las leyes objetivas de la realidad sino que son formas históricamente específicas de hacer inteligible o significativa a la propia realidad social.

En un contexto conmemorativo, un puñado de núcleos de interés (modelo identitario de nación, la Argentina como mito de futuro y la identidad nacional) será expresado en una forma narrativa, convirtiéndose en la manera en que se construye un sentido del pasado. La memoria narrativa implicará la construcción de un “compromiso nuevo” entre presente y pasado. Por lo tanto, el 25 de mayo cobrará vigencia asociado a emociones y afectos, lo que impulsará una búsqueda de sentidos.

Si nuestras prácticas de nombrar interactúan con las cosas que nombramos, proponer analizar, en las narrativas emergentes, las categorías y las clasificaciones sociales que interactúan con prácticas y actores sociales, nos permitirá establecer que la manera en que conceptualizamos el pasado y el presente siempre tiene consecuencias práctico-morales y, por ello, consecuencias políticas. O sea, en clave whiteneana, toda narrativización

del pasado -como parte de narrativas de identidad, muchas veces en conflicto- contendrá una implicancia ideológica con consecuencias políticas. Poder proponer hacer un recorrido problematizador en torno a los registros interpretativos invitará a pensar los dilemas del presente sobre las discusiones, significados y sentidos en torno al 25 de mayo. Ingresar a los alumnos en el campo del debate o disputa interpretativa devendrá en incorporarlos en el análisis de la función que cumple o debería cumplir cada nueva reescritura del pasado. Este ejercicio de análisis de la producción interpretativa en diálogo o en conflicto con otras interpretaciones puede tener la función precautoria de evitar clausuras significativas o pretensiones clausurantes. Diría Verónica Tozzi, hay que distinguir entre la adopción de una actitud heurística que promueva reescrituras que estimulen mayor investigación de la actitud parasitaria y abortiva de la historiografía académica (Tozzi, 2009:124). La cuestión central es poder avanzar con nuestros alumnos en actitudes que no conlleven clausuras efectivamente interpretativas; por el contrario, la aceptación del realismo figural y el abandono de concepciones ingenuas de la relación entre discurso y realidad permitirá valorar como heurísticamente mejores aquellas historias que, en su tal vez incumplida promesa de representar el pasado, al dejar cuestiones abiertas renueva preguntas y renueva visiones alternativas de mirar el pasado. La promesa incumplida de representación definitiva no es otra cosa que la sugerencia de nuevas vías de investigación, de nuevos problemas, nuevas discusiones y, quizás, con buena fortuna, una nueva reescritura del pasado (Tozzi, 2009:133). Por lo tanto, la carencia de perspectivas privilegiadas no es algo por lo que nos tengamos que perturbar como docentes puesto que nos permitiría ocuparnos de la naturaleza controversial del pasado en tanto no tiene una significación evidente y de la inevitable reescritura de la historia. La incanzabilidad de una versión definitiva del pasado, como principio epistémico, no debiera connotarse con un valor negativo, pues supone el fundamento de un acto democrático de construcción del conocimiento. Por este motivo, lo que hace verdaderamente significativa a una narración es su valor heurístico, esto es, que nos legue cuestiones abiertas acerca de los acontecimientos como para que merezca volver sobre ellos o valga la pena reescribir su historia (Tozzi, 2009:120)

Ahora bien ¿cómo hacer que este tipo de trabajo no derive en un relativismo total? ¿Qué criterios trabajar entre versiones en competencia? Si la conexión entre experiencia o situación histórica y formas discursivas no responde a un ideal de semejanza ni una idea de verdad por correspondencia (White, 2003:29), el reclamo no se debería dirigir a buscar aquella forma de discurso que represente más adecuadamente la realidad, sino a llamar la atención sobre el interés político-moralizador subyacente. Por otra parte, lo que está en cuestión entre interpretaciones en competencia no es sólo cuáles son los hechos, sino también qué se ha de considerar como un hecho y qué no. Por otra parte, cuando se trata de interpretaciones en conflicto, lo que importa no es la verdad del hecho, sino el significado que ha de atribuirse a los acontecimientos que están en discusión (White, 2003:56).

Si convenimos que el discurso de la historia no es verdadero ni falso, sino que funciona como una gran metáfora, no se puede apelar al recurso de la verificación empírica. Las grandes controversias son irresolubles en términos de su conformidad con la evidencia. Entonces si la realidad no puede ser invocada para decidir la cuestión ¿todo vale? ¿Se puede elegir entre interpretaciones alternativas? Como ya se dijera anteriormente, cuando se trata de elegir entre visiones alternativas de la historia, además del valor heurístico ya señalado, otros criterios para preferir una interpretación a otra son *morales* o *estéticas*, no teóricas o científicas.

El proceso de desnaturalización que supone la enseñanza de la historia desde los aporte de Hayden White puede contribuir a un desarrollo de conductas que tensionen y resistan actitudes corporativas, hábitos autoritarios, arbitrariedades, intolerancia, exclusiones respecto de las conductas sociales en torno al conocimiento y a los otros. Si la democracia política precisa, para sostenerse, desarrollar formas de convivencia democrática en otras esferas de la sociedad, enseñar historia atendiendo los aportes de la filosofía narrativista podría abonar a la construcción de una sociedad más democrática en la que el futuro no sea concebido como la materialización de un destino inquebrantable, sino como una

posibilidad en la que cada momento sea captado como potenciación. Así, el sentido del conocimiento cambiaría, expresando viabilidad y no, certezas acabadas.

En síntesis, de lo que se trata es de rescatar el carácter inacabado del conocimiento, privilegiando la forma de razonamiento sobre las reglas del conocer. Sólo así, se contribuirá a que el alumno pueda apropiarse del saber acumulado en una perspectiva de construcción de futuro y que no confunda los horizontes posibles con una sola realidad viable. De modo que los trabajos de Hayden White son inspiradores para promover una línea de enseñanza en torno a la relación discurso-conciencia. Quien crea o haga creer que lo que es no podría ser de otra manera deja al mundo entregado a una suerte de fatalidad cuya única consecuencia no podemos prever (Romero: 1997:41)

Conclusión

La hostilidad a lo teórico, por lo general, equivale a una oposición hacia las teorías de los demás y al olvido de las propias. Uno de los fines de este trabajo ha consistido en aportar para suprimir esa represión y para que podamos repensar la práctica de enseñanza.

Por otro lado, se ha tratado de aportar para colaborar a escapar de la ingenuidad del ideal de la versión definitiva de la historia. Se trata de estar atentos a la nunca agotada posibilidad de formar alternativas de narrar, describir o mirar. No se trata de otorgar privilegios epistémicos sino abrirse a alternativas para hacer posible que quienes enseñamos y los estudiantes configuren nuevas miradas y nuevas reescrituras sin que ello signifique tributar al descrédito del estatus científico del conocimiento histórico.

Reseñas

La sospecha¹⁹ como recurso epistémico necesariamente se convierte en el correlato de la propuesta. Pues conjeturar que algo no es como aparece o que esconde otros sentidos más allá de los que manifiesta en la narración histórica genera nuevas disposiciones en la episteme sobre lo social y, por ende, en la existencia misma.

Al mismo tiempo, permitirá concientizar que una *representación realista* del pasado es algo a producir no algo a encontrar o descubrir. Por ende, se reconocerá que los criterios de realismo son históricos y han variado a lo largo de la historia. Esto será tributario de comportamientos inclinados a gestar conductas que promuevan la desacralización de la verdad, la desactivación de los universales y abonarán el pensamiento capaz de pensar desde la historia misma para el desarrollo y la reafirmación de un estilo más democrático del conocimiento y de la vida.

Un estilo democrático de conocimiento sería aquel que mostrara, en su representación de las prácticas, sus propias dudas en torno de la certeza del saber científico, y que en su posición política conllevara alternativas, en lugar de adoptar una posición única y dogmática. Lo que significa poder expresar que el conocimiento que poseo no es la totalidad, que tengo dudas acerca de lo que estoy diciendo, que existen lugares en los cuales tengo que desplegar mi ignorancia, algo muy difícil de hacer. Este tipo de enseñanza es más efectiva que solamente utilizar la clase como un lugar para hacer un reporte de los resultados de la propia investiga-

¹⁹ F. Nietzsche en *Humano, demasiado humano y Conversaciones intempestivas* propone el ejercicio de la sospecha acerca de la verdad, de la verdad tal como nos la ha legado el pensamiento tradicional, que concibe lo verdadero como un universo abstracto. Desde un esquema fragmentario y simplificado en extremo del concepto de sospecha en Nietzsche, podríamos considerar lo siguiente: el lenguaje no dice exactamente lo que dice, los signos no son seres simples y benévolos, sino un juego de fuerzas reactivas ofrecidas a la interpretación, el intérprete forma parte de la interpretación, las significaciones surgen de relaciones de poder, la verdad es una construcción histórica a la que se pretende disfrazar de universalidad abstracta. Los aportes de Freud, al respecto, son igualmente valiosos, para quien los síntomas son metáforas que hay que interpretar.

ción o de la ajena. Se trata de contribuir al proceso de desarrollo del conocimiento de modos más democráticos. El Bicentenario, como momento de revisión de valores, de normas, de proyectos, puede ser un momento si se quiere efímero que aliente la ilusión de que la reflexión de esa instantánea cronológica precipite algún giro cultural y político significativo, pero instaladas las narrativas en las aulas, desde una propuesta basado en los aporte de Hayden White, puede servir para el inicio de una práctica que cuestione lo que se daba por descontado, lo que estaba rutinizado y puede contribuir a alterar la mecánica de reproducción de un sociedad injusta.

La consecuencia de una aproximación deconstructivista no deberá ser el escepticismo o el nihilismo, sino la promoción de mayores preguntas, críticas y reescrituras. La idea whiteana de pensar a la historia como “figurada” siempre por agentes en un presente permitirá promover la lectura positiva de las inevitables reescrituras de la historia.

El propósito central es no despojar a la práctica historiográfica y a la enseñanza de su compromiso con la agenda política de reclamo de nuevas voces a partir de nuevas y múltiples miradas. Apelar a razones políticas (atender los reclamos de nuevas voces) y heurísticas (promover nuevas preguntas y nuevas miradas) deberían ser la base de nuestras opciones pedagógicas, sin olvidar que la manera en que conceptualizamos el pasado y/o el presente siempre tiene consecuencias práctico-morales. Todo sabemos lo que son los estilos de enseñanza y los estilos autoritarios, pero el problema es: ¿Cómo podríamos construir con la escritura del pasado el equivalente de un estilo democrático de comunicación?

Por último, siguiendo a Esther Díaz, no deberíamos olvidar que los creativos no se atan a los estrechos criterios de los repetidores (Díaz, 2009:27). Se pueden crear nuevas prácticas de enseñanza con seriedad, así como se pueden repetir prácticas consagradas con la más aburrida mediocridad. Lo que se impone, sin desconocer que es una elección, la necesidad de contribuir a hacer la historia y no, dejarla hacer. Debemos jugar esa carta por muy costosa que sea.

Bibliografía

- AA.VV (2007), “La identidad nacional” en Osvaldo Pedroso (coord.), *Debates en la cultura argentina, 2005-2006*, Buenos Aires, Emecé, pp. 21-66.
- AURELL, Jaume (2005), *La escritura de la memoria. De los positivismos a los postmodernismos*, Valencia, Universidad de Valencia.
- CABRERA, Miguel Ángel (2005), “Hayden White y la teoría del conocimiento histórico. Una aproximación crítica” en *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, N° 4, pp. 117-146.
- (2001), *Historia, lenguaje y teoría de la sociedad*, Barcelona, Anaya.
- CHARTIER, Roger (1996), *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Buenos Aires, Manantial.
- DANTO, Arthur (1989), *Historia y narración. Ensayos de filosofía analítica de la historia*, Barcelona, Paidós Ibérica.
- DÍAZ, Esther (2009), *Postmodernidad*, 4° edic. corregida, Buenos Aires, Biblos.
- Fernández McClintock, James (2006), “La tropología y la figuración del pensamiento y de la acción social”, *Revistas de Antropología Social*, N° 15, pp. 7-20.
- FOLLARI, Roberto (1990), *Modernidad y posmodernidad: una óptica desde América latina*, Buenos Aires, Aique.
- (2002), *Teorías débiles (Para una crítica de la construcción y de los estudios culturales)*, Rosario, Homo Sapiens.
- HELLER, Agnes (1993), *Teoría de la historia*, México, Fontamara.
- IGGERS, Georg G. (1998), “De la ciencia social histórica al ‘giro lingüístico’. Teoría de la historia e historiografía en los últimos veinte años” en *La ciencia histórica en el siglo XX. Las tendencias actuales. Una visión panorámica y crítica del debate internacional*, Barcelona, Idea Books.

- JAMESON, Fredric (2002), *El giro cultural*, Buenos Aires, manantial.
- JELIN, Elizabeth (2002), “Los sentidos de la conmemoración” en Elizabeth Jelin (comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas “infelices”*, Madrid, Siglo veintiuno, pp. 245-250.
- (2002), *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo Veintiuno.
- JENKINS, Keith (2004), “Una respuesta postmoderna a Pérez Zagorin”, *Historia Social*, N° 50, p. 119-139.
- MAERK, Johannes y Magaly Cabrolié (coord.) (2005), *¿Existe una epistemología latinoamericana? Construcción del conocimiento en América latina y el Caribe*,
- NUN, José (comp.), *Debates de Mayo. Nación, cultura y política*, Buenos Aires, Celtia-Gedisa –Secretaría de Cultura de la Presidencia de la Nación.
- PALACIOS, María Julia (2003), “La filosofía de la historia y la crítica postmoderna a la pregunta por el sentido de la historia”, *Revista Escuela de Historia*, Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional de Salta, Año 2, Vol. 1, N° 2.
- PÉREZ, Zarorin (2004), “Historia y narración: reflexiones sobre el postmodernismo hoy”, *Historia Social*, N° 50, p. 95-117.
- ROHBECK, Johanes (2007), “Por una filosofía crítica de la historia”, *Isegoría. Revista de Filosofía Moral y Política*, N° 36, enero-junio, pp. 63-79.
- ROMERO, Luis Alberto (1988), *La vida histórica*, Buenos Aires, Sudamericana.
- SEARLE, John (1997), *La construcción de la realidad social*, Barcelona, Paidós.
- TOZZI, Verónica, “El ‘privilegio’ de la postergación. Dilemas en las nuevas historiografías de la identidad”, *Análisis Filosófico*, N° XXV, N° 2, noviembre 2005, pp. 139-163.

Reseñas

- (2007), “Tomándose la historia en serio. Danto, esencialismo histórico e indiscernibles”, *Revista de Filosofía*, Vol. 32, N° 2, pp. 109-126.
- (2009), *La historia según la nueva filosofía de la historia*, Buenos Aires, Prometeo.
- VEYNE, Paul (1984), *Cómo se escribe la historia. Foucault revoluciona la historia*, Madrid, Alianza.
- WALLERSTEIN, Immanuel (2002), “Las estructuras del saber y de cuántas maneras podemos saber” en *Conocer el mundo, saber el mundo. El fin de lo aprendido. Una nueva ciencia social para el siglo XXI*, 2° ed., México, Siglo veintiuno editores,
- WHITE, Hayden (1992), *El contenido de la forma*, Barcelona, Paidós, cap. 1 y 2, pp. 17-74.
- (2003), *El texto histórico como artefacto literario*, Barcelona, Paidós.
- (1992), *Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, F.C.E..
- ZEMELMAN, Hugo (2007), *El ángel de la historia: determinación y autonomía de la condición humana*, Barcelona, Anthropos, 2007.
- (2002), *Necesidad de conciencia. Un modo de construir conocimiento*, México, Anthropos.